

SE AGRIETA EL PODER MILITAR

La marcha de los últimos acontecimientos van marcando el deterioro de la dictadura militar. El buque se hunde -al decir de un conocido político argentino-. No existe para el campo popular el «peligro de un éxito de los planes militares». La sombra de explosiones sociales

A poco más de dos meses del cambio presidencial, la guerra de los rumores y de los pronunciamientos militares tratando de contrarrestarlos, es un indicio muy valedero de que las cosas no andan bien para la cúpula militar.

Ha sido necesario que todos los comandantes enfatizaran acerca de la unidad de las Fuerzas Armadas, frente a los comentarios de que «por primera vez, en 5 años, los acontecimientos futuros, pueden herir el proceso militar en una viscosa fundamental: la cohesión interna de las Fuerzas». En los pasillos gubernamentales y hasta en la calle, se escuchó que las divergencias entre el nuevo presidente y el titular del Ejército creían día a día «renovando el viejo problema de azules y colorados del 69».

Las divergencias parecen centrarse fundamentalmente en: un problema de poder entre la Junta de Comandantes y el presidente; el ritmo de apertura y el diálogo de Viola con sectores políticos, particularmente el peronismo y el sindicalismo; y las nuevas medidas económicas implementadas por el ministro Sigaut.

El general Viola se ha visto obligado a expresar varias veces que él es el presidente de la Nación y que no puede ser desplazado porque todavía no ha sido demostrada su eficacia o no. Además, se encargó de subrayar, una y otra vez, que «no discrepa con la Junta».

Por su parte, el general Galtieri, en su discurso del día del Ejército no contribuyó a disipar los rumores, cuando enfatizó que el poder supremo de la nación estaba en manos de la Junta Militar, siendo el presidente un simple ejecutor de los dictámenes de la misma.

Parece ser que ambos hombres arrastran tras de sí a otros. De acuerdo al semanario *El Economista*, Viola cuenta con el apoyo de los generales Villareal, Brignone, Vaquero, Trímaro y con la totalidad de los generales de Brigada. También parece tener el apoyo, o por lo menos el consenso, del almirante Lamburshini, debido a los últimos cambios económicos que pretende implementar el equipo de Viola, y, en menor grado, el del brigadier Graffigna. Apoyando la posición de Galtieri estaría, fundamentalmente, en primera línea, el general Cristino Nicolaidis, comandante del III Cuerpo de Ejército con asiento en Córdoba y le seguirían, los comandantes de los cuerpos de Ejército, el general Albano Harguindeguy, el asesor Moyano y, entretejiendo hilos detrás de bambalinas, Martínez de Hoz y hasta el propio ex presidente Videla. Estas fuerzas no parecen muy cohesionadas internamente ya que se plantea, en medios periodísticos, que esta correlación podría cambiar y que un factor decisivo puede ser, a partir de setiembre próximo, los cambios de mandos. En este caso, las cosas se tornarían más difíciles para el general Viola que perdería apoyo.

flota en el ambiente nacional atemorizando a unos, preocupando a otros. La situación muestra que la profunda reacción antimilitarista del pueblo argentino crece día a día y se materializa de las más diferentes maneras.

RENUNCIAS...

El enfrentamiento se agudizó hasta el punto de que los generales Galtieri y Nicolaidis emplazaron por una semana a Viola para que rectificara su política interna. A esta altura había hecho eclosión una serie de hechos: el pronunciamiento de la Corte Suprema en el caso Moyano, y el tercer paquete de medidas económicas. Entonces, comenzaron a circular rumores de renuncias en el flamante equipo económico y la reaparición del anterior encabezado por Martínez de Hoz, renuncias en el ámbito de la Corte Suprema y la existencia de un diferendo conflictivo entre ésta y el Poder Ejecutivo nacional y la Junta Militar.

En lo que se refiere a las medidas económicas, éstas no alteran la esencia del plan económico pero buscan disminuir su ritmo y por tanto, atemperar su salvajismo, actitud ésta no compartida por los sectores identificados con la anterior cartera que consideran que «su liberalismo funcionaría si se aplica hasta las últimas consecuencias y que ponerle frenos, aunque más no sean parciales, llevarán al plan al fracaso, plan que solo logrará su éxito con la profundización de las dependencias».

El problema planteado con la Corte Suprema reactivó opiniones en las esferas gubernamentales que se habían vertido con anterioridad con respecto a aumentar de cinco a siete el número de miembros de ese organismo con juristas, obviamente, más receptivos a sus puntos de vista.

El enfrentamiento entre la Corte Suprema y el gobierno se mezcló rápidamente con todo el confuso cuadro político gubernamental, una semana después que a raíz de los diferendos entre el presidente y el Jefe del Ejército, se cocinaron insistentes versiones de que el Tribunal sería probablemente el sucesor en el gobierno del «renunciante» general Viola.

La confusión llegó a un grado máximo. Ahora, la Corte se enfrentaba, aparentemente, al presidente planteando que el gobierno está en «mara con respecto a la situación de muchos detenidos, como consecuencia de que prácticamente no funciona una comisión para analizar cada uno de los casos de las personas puestas a disposición del PEN».

CON RESPECTO AL RITMO POLITICO

Hemos dicho que uno de los elementos de fricción entre los militares parece ser su distinta política hacia los sectores políticos, su concepción del ritmo de la apertura y la posibilidad o no de diálogo con sectores del peronismo, principalmente.

Las declaraciones adversas a esto se centralizaron, particularmente en las figuras de Liendo y Pocciale por «su tono conciliador con el peronismo» y en las declaraciones del gobernador de la provincia de Buenos Aires, Gral. Gallino que expresó que «los partidos políticos serán los verdaderos herederos del Proceso».

La llanura de la perdurable militares en el poder, para muchos pareció extinguirse y resultó preocupante.

Pero la confianza siempre retorna. Los militares argentinos no olvidan que ellos han venido al ruedo del poder para quedarse, para transformar la nación en un escenario a su imagen y semejanza, donde, ellos actúen o no, su perdurableidad esté asegurada. En los festejos del 25 de mayo, el brigadier general Omar Graffigna afirmó que «queremos una solución, no una salida. Por eso este Proceso se prolongará hasta donde tenga que prolongarse». Y para remarcar que no queden dudas, el general Galtieri agregó que «las urnas están guardadas, bien guardadas».

REACOMODAMIENTOS

Las expectativas en el campo político acerca de las posibilidades o no de participación, fueron provocando durante todo este lapso los reacomodamientos consabidos de los distintos sectores políticos expectantes.

En general, se notó una tendencia a seguir presionando pero con lentitud y cuidando de no adoptar actitudes que perjudiquen la relación gobierno-partidos políticos. Dentro de este marco, se encuadra la declaración de varios partidos políticos, entre ellos el PCA que «desean el retorno a la Constitución, pero eso no significa que los militares deban volver a los cuarteles».

Las declaraciones del peronismo fueron más significativas: el vicepresidente del justicialismo, Deolindo Bittel dijo en una entrevista radial que él «quisiera que este proceso triunfe a pesar de que a algunos peronistas no les guste» y consideró que el general Viola podía convertirse en un «gran convocante». «El general Viola puede pasar a la historia», dijo, «en la medida que convierta a esta instancia en el gobierno de transición que anhelamos para destruir generosamente el modelo de país».

Estas frases, que provocaron pocas disidencias, fueron rubricadas por el ex ministro Miguel Urtubio que expresó que «sería lamentable que este Proceso termine en una derrota de las Fuerzas Armadas».

(Continúa en pág. 3)

Sexto Aniversario

Junio de 1981: Sexto aniversario de «Denuncia», 6 años junto al pueblo, contra la dictadura. 6 años de labor ininterrumpida al servicio de nuestro pueblo y de los pueblos del mundo que luchan por su bienestar y su libertad definitiva.

La experiencia se inició en la ciudad de Nueva York, en junio de 1975, con 100 ejemplares mimeografiados que se distribuyeron entre personas que manifestaban su preocupación por la situación que atravesaba el país, en las aguas del gobierno de Isabel Perón. Algunos ejemplares se enviaron a otras partes de Estados Unidos y Europa, a ciudades donde ya comenzaba a sentarse un exilio. Otros, al país, donde se reproducieron y circularon de mano en mano.

En marzo de 1976, luego del golpe militar, nuestra publicación junto con otras, fue prohibida. Se inició así la censura en el ámbito nacional para «Denuncia». Censura que poco a poco, y sobre todo en el último tiempo, se fue rompiendo. Eso motivó que en enero del presente año, la Secretaría de Estado de Comunicaciones de la Argentina prohibió, otra vez, la circulación de nuestra publicación.

A nadie escapa que las razones de esta medida son la actitud consecuente de nuestro periódico al servicio de los intereses del pueblo argentino; la denuncia constante del genocidio militar, de las injusticias, los atropellos y sufrimientos que deben soportar los habitantes de nuestra nación

en su lucha por una verdadera y auténtica democracia.

Fueron 6 años de esfuerzos por servir a esa lucha, aportando al desenmascaramiento de los militares argentinos, a su aislamiento y a su derrota.

Hemos dicho que 1981 no es igual que 1976 para el pueblo argentino. Se abren nuevas perspectivas. Su resistencia tenaz a los planes de la Junta Militar y el imperialismo está dando sus frutos: poco a poco se van revirtiendo diferentes aspectos de la política militar que nos indican que la presión que ejercen, desde abajo, cada vez más amplios sectores de la población, aumenta su fuerza y potencialidad.

En esta nueva etapa de lucha de nuestro pueblo en contra de la opresión, asumimos con renovado vigor el papel que nos toca desempeñar. El ejemplo de nuestras «Madres», de nuestros «Familiares», de nuestros organismos de defensa de los derechos humanos, de nuestros obreros y trabajadores, de nuestra juventud, de todos nuestros luchadores populares y revolucionarios, nos convoca, una vez más, a profundizar nuestro compromiso militar.

Por eso, hoy, como hace 6 años, y hasta el final: JUNTO AL PUEBLO, CONTRA LA DICTADURA!

«Denuncia»



«A «Denuncia» con todo mi amor de madre. Nora (Madre de Plaza de Mayo)»

Cuando el 29 de Mayo de 1969 al mediodía, los obreros mecánicos de Córdoba, Argentina (800 mil habitantes, 700 km, al noroeste de Buenos Aires) habían rebasado la barrera de gases y basas que les tendió un contingente de la Policía Federal y hecho retroceder a la caballería de la Policía Provincial, la ciudad, el país, la sociedad, ya no serían las mismas.

Eran los trabajadores (uno 10 mil) de la IKA-Renault que motorizaron un paro activo convocado por 36 horas por la Confederación General del Trabajo de la regional de esa provincia mediterránea. Junto a los mecánicos se movilizaron electricistas, gráficos, metalúrgicos, ferroviarios, empleados públicos y estudiantes universitarios.

Tres años de dictadura militar encabezada por el general Juan C. Onganía habían hecho crisis. Se trató del primer intento de fascificación (dissolución de partidos y parlamento, ley anticomunista, intentos corporativos, etc.) para imponer los planes del Fondo Monetario Internacional que lideraba el ministro de Economía Adalbert Krieger Vassena y los monopolios. A nivel de política exterior fue la implantación de la doctrina Onganía de las **fronteras ideológicas**, que presuponía como es sabido, la tesis del enemigo interior y por lo tanto, la eventualidad de practicar la «solidaridad hemisférica» (véase la coincidencia con la actual doctrina Viola) así como de desatar una acción militar contra las rebeliones populares, verdadera prolongación de la política a través de las armas.

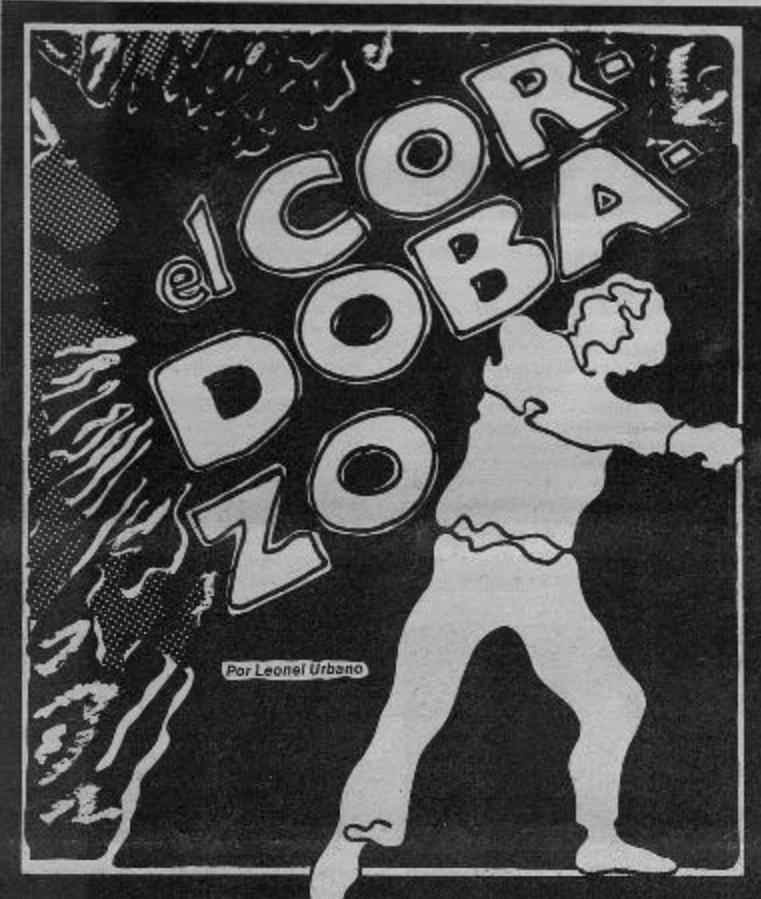
Durante casi 24 horas la ciudad quedó a merced de los manifestantes, ya que las fuerzas policiales tuvieron que encerrarse en sus cuarteles.

La selectiva ira popular no erraba en la elección de sus blancos: compañías imperialistas (Xerox, Citroën) y casinos militares.

Era el **cordobazo**, quizás la rebelión más importante en lo que va del siglo, cuyos antecedentes históricos se encuentran la Semana Trágica de enero de 1919 en Buenos Aires, el levantamiento de los peones de la Patagonia Rebelde en 1920-21 y la movilización del 17 de octubre de 1945 desde el Gran Buenos Aires hacia la Plaza de Mayo para rescatar al entonces ministro de Trabajo, coronel (más tarde general) Juan Domingo Perón.

Precisamente, el peronismo constituye el antecedente inmediato anterior en el carácter de la organización y la conciencia política de los trabajadores. Aquel 17 de octubre fue una suerte de **insurrección pacífica** -permítasenos esa contradictoria definición- cuyos legítimos reclamos reivindicativos fueron encuadrados hacia un movimiento que, con absoluta mayoría obrera, preconizaba la colaboración entre las clases. La **resistencia peronista** al golpe gorila de 1955 fue violenta y radical, pero la carencia de un accionar independiente de los trabajadores, facilitó la dura represión políaco-militar que la sofocó bajo el régimen desarrollista de Arturo Frondizi (58-62).

Las condiciones sociales que permitieron la generación del **cordobazo** fueron el desarrollo de una clase trabajadora relativamente mucho más joven al calor de la expansión industrial del interior, que heredaba las tradiciones peronistas, pero en la que ya calaba una nueva conciencia, producto de una experiencia sensiblemente distinta. Así los precedentes inmediatos de lucha provenían de la norteña provincia de Tucumán (1500 km al noroeste de Bs. As.) donde los obreros azucareros habían dado importantes batallas y desarrullado importantes corrientes clasistas, amén de atesorar experiencias de combate direc-



to contra las fuerzas represivas (66-67). Hay que recordar que uno de los «caballitos de batalla» que esgrimía el general Onganía era «acabar con el polvo de lucumano».

En el **cordobazo** los trabajadores irrumpen en una acción independiente que rompe con las formas tradicionales de lucha, pero lo hacen, como tantas veces, a través de su centralizada organización sindical, que aún permanece en los marcos de su antigua estructura.

La derrora práctica -y táctica- que sufren las fuerzas policiales, obliga a los militares a salir a la calle a recuperar la ciudad. «El Ejército está en operaciones» dice su jefe, general Alejandro Lanusse -dos años después presidente- poniendo en práctica la doctrina Onganía de la «guerra interior».

Este hecho, coronación y maduración del enfrentamiento entre las Fuerzas Armadas y el movimiento obrero pone en crisis definitiva el viejo lema del sindicalismo justicialista de «unión del pueblo y las Fuerzas Armadas». Crisis que se manifiesta en la nueva generación obrera -en su conciencia pero no en la dirigencia que aún hoy, sueña con ocupar un espacio en el aparato del Estado.

La clase trabajadora había triunfado en la política en 1945 con la consigna de la patria Justa,

libre y soberana. La experiencia peronista de gobierno (46-55) y las posteriores luchas, hicieron claro que ese lema democrático no rotaba los marcos del sistema. Por eso, irrumpió con fuerza en las jornadas del **cordobazo**, el estribillo que marca el rumbo de la nueva época: «Y lucha, lucha, lucha / no deje de luchar / por un gobierno obrero / obrero y popular».

Esta consigna, si bien ya era agitada por las nacientes fuerzas revolucionarias y socialistas, cobró envergadura de masas desde el 29 de mayo.

Y apunta a recomponer en su justo término el rumbo acertado donde debe apuntar el movimiento de masas: a la cuestión del poder. Y es el gobierno obrero y popular la fórmula política más sencilla y asequible popularmente -ahí está el estribillo- que resume la naturaleza social (dirección proletaria y alianza obrera con las capas medias) del único poder realmente democrático capaz de resolver las transformaciones revolucionarias que la sociedad tiene planteadas.

Dos fenómenos ya incubados anteriormente, eclosionan a partir del **cordobazo**: el sindicalismo clásico y las organizaciones guerrilleras insurgentes.

Si desarrollo es acelerado y su tendencia a la fusión creciente. Nuevas movilizaciones masivas arrancan literalmente de las cárceles a los líderes

sindicales condenados por tribunales de guerra después del 29 de mayo y en la Navidad del mismo 69, encabezados por el electricista Agustín Tosco, retornan a la libertad.

Nuevas sublevaciones populares siguen el camino del 29 de mayo: el **rozarlazo**, el **tucumanazo**, el **mendozazo**, y el **viborazo** (segundo cordobazo), provocan el replanteo del poder militar del plan Onganía y la concesión, arrancada sin duda, de las elecciones de 1973 -parcialmente prescriptas ya que se toleró al peronismo pero se impidió la participación de Perón- que llevaron a Cámpora al gobierno.

La intensidad de la movilización de masas y el creciente fermento revolucionario demostraron cuan precaria es una democracia parlamentaria en ese trasfondo de crisis. En 50 días, un **autogolpe** lo desplazó. La política del «pacto social» necesitaba de una fuerte autoridad para imponerla, ante la resistencia obrera. Perón no lo logró y falleció al poco tiempo. Mucho menos pudo hacerlo el doble Isabel López Rega (el brujo, ministro de Bienestar Social) procreador de la **Triple A**.

Los frutos del **cordobazo**, maduraron. El cuestionamiento a la burocracia sindical alcanzaba límites inconcebibles. Allí donde los trabajadores tenían oportunidad de elegir un dirigente sindical, siempre lo hacían por un elemento honesto, limpio, combativo, ya fuese peronista surgido de las bases o de izquierda. Las organizaciones revolucionarias, además de penetrar profusamente con su propaganda y organización, tenían alrededor de 10 mil combatientes en armas en los principales centros industriales y rurales del país.

El caos económico que desató el **oshock** del ministro de Economía Celestino Rodrigo, desató la movilización social acuñada por las Coordinadoras de Gremios en Lucha y provocó el **rodrigazo** de junio del '75. El espectro del **cordobazo** rondaba ya las calles de Buenos Aires y sus alrededores, si bien aún se mantenía en marcos no de enfrentamiento como los del 29 de mayo.

La crisis política era total, pero la revolución no había podido madurar la fuerza capaz de enderezar y unificar la movilización sindical y guerrillera hija del **cordobazo** hacia su auténtica meta política, el gobierno obrero y popular. El agotamiento de 6 años de continua ofensiva sin cristalizar en una alternativa independiente y el vacío de poder que dejaba la política tradicional permitió que los militares frustraran aquella consigna y otra vivamente coreada cuando la asunción de Cámpora en 1973: «Se van / se van / y nunca volverán».

Y volvieron. Despojados de los delirios personalistas de Onganía, las Fuerzas Armadas reimplantaron el 24 de marzo del 76 su plan de fascificación, imponiendo un **terrorismo de estado** cuya brutalidad no conocía antecedentes más que los similares del Cono Sur y la Europa del nazi-fascismo.

Lo demás es historia reciente. Las **Madres de Plaza de Mayo** son la llama viva de la resistencia. Y en la profundidad de los cotidianos conflictos, el movimiento obrero recomponía su tejido disperso pero no destruido. El paro general del 27 de abril de 1979 fue un armazo. La clase trabajadora argentina retomaría las banderas democráticas de 1945 y las revolucionarias de 1969 para sintetizarlas en forma superadora y redimir a la sociedad y la nación.

Esto también ayudaría a trazar la paralización amenazada por la doctrina Viola de seguridad -léase guerra- a escala hemisférica.¹¹

Chile ante...

(Viene de pág. 10)

na cómo se combina la lucha democrática y anti-dictatorial para lograr forjar un amplio movimiento de masas contra la dictadura, enseña todas las posibilidades que abre una política de alianzas justa, para atraer al campo popular y revolucionario el máximo de fuerzas, sin renunciar a la hegemonía de las fuerzas revolucionarias. Enseña el valor insustituible de la unidad de todas las fuerzas revolucionarias y democráticas, enseña la importancia del combate de masas y de la utilización de la violencia política de las masas bajo las formas de levantamientos e insurrecciones parciales, de la insurrección general. Enseña cómo hoy día en América Latina, con el mayor desarrollo defensivo del Estado burgués, del Estado dictatorial y de las fuerzas armadas contrarrevolucionarias, el movimiento popular democrático y antidiectorial, las fuerzas revolucionarias, tienen que ser capaces de crear unas poderosas fuerzas armadas, que combinen la lucha en la montaña, la lucha en el llano y la lucha en las ciudades, para poder vencer de esa manera a un enemigo que, como decía, ha desarrollado enormemente su capacidad defensiva policial-militar.

En definitiva, nosotros pensamos que la Revolución Sandinista reabrió el ciclo victorioso de las revoluciones populares y proletarias en América Latina. Y que a diferencia del triunfo que se obtuvo 20 años atrás cuando Cuba, el triunfo de la Revolución Nicaragüense, el triunfo del sandinismo, no será un triunfo solitario, sino que la década de los '80 verá necesariamente e inevitablemente el triunfo de las revoluciones populares y proletarias en varios países del continente.

Esa es la significación y la proyección histórica que el MIR le ve a la Revolución Sandinista. □

La masacre de Ezeiza



Juan Domingo Perón regresó definitivamente a la Argentina el 20 de junio de 1973; escasamente dos meses después que el Frente Justicialista de Liberación llevó al peronismo a la presidencia de la Nación con el 52% de los votos. Lo esperaba en el acropoli una de las más grandes concentraciones populares de la historia argentina: más de un millón de personas se dieron cita en Ezeiza.

Prevalecen entre las masas que esperan a Perón, los contingentes juveniles identificados con las consignas por la patria socialista y llevando en alto las banderas de las organizaciones combatientes. La alegría popular, ante lo que representaba una conquista de 18 años de lucha, fue arrrollada por la tragedia que otra vez signó una jornada argentina. El júbilo cedió al odio. Más de mil mercenarios equipados con armas de todo calibre establecieron un cerco de sangre alrededor del palco donde debía llegar Perón.

Estas bandas armadas que respondían directamente al Secretario Privado de Perón, López Rega y que actuaron bajo la dirección del Coronel Osinde, Jefe de la Guardia Personal de Perón, dispusieron sobre el pueblo congregado en Ezeiza. Una masacre. Por un lado, las masas con sus organizaciones y sus organismos político-militares revolucionarios y por el otro, los enemigos de la clase obrera y el pueblo, los aliados del

imperialismo y de los explotadores, los que estuvieron junto a los militares cuando el pueblo salió a la calle protagonizando la epopeya de la resistencia y enfrentaba al enemigo, cuando luchaba por sus conquistas y sus derechos. Fueron cientos los muertos.

Perón regresó al país porque Cámpora estaba en el gobierno y Cámpora estaba en el gobierno porque la dictadura se había visto obligada a dar elecciones ante el empuje constante de las luchas del pueblo, ante el avance de todos aquellos que hasta entregando sus vidas, posibilitaron la gloriosa jornada del 25 de mayo de 1973.

La masacre de Ezeiza fue la primera movida de una jugada dirigida a frenar el crecimiento de las fuerzas progresistas y revolucionarias del peronismo y a impedir la acumulación de fuerzas del campo popular. El peronismo burgués enfrentó el avance de las masas con la represión armada. La «guerra contra los grupos marxistas» fue el primer estallido de todo un proceso de «depuración» del peronismo.

Perón murió poco después. Luego: la inoperancia de Isabel Martínez, su sucesora, la represión, el fascismo, el golpe militar, más represión, más hambre para el pueblo. Pero el pueblo argentino ya no es el de 1930, el de 1955, ni el de 1966.

Ezeiza como León Suárez, como Trelew y tantos otros episodios funestos fueron duros golpes contra nuestro pueblo. Pero son también mandatos vividos e irrenunciables que nos indican cuál es el camino a seguir para lograr la meta final: el advento de una sociedad nueva, la patria liberada.

José Ignacio Stagni